

ta de algo muy difícil; pero mi voluntad es inflexible. No creo que busque un imposible. Imposible, por ejemplo, es aprisionar un minuto del día e intercalarlo entre las sombras de la noche, o hallar un político con vergüenza, o un pie de hombre sin callos ni juanetes... Lo que más se aproxima al ideal que persigo es la vida. Siento, luego existo. He aquí una cosa que parece evidente y, sin embargo, pudiera ser una ilusión.

\* \* \*

En cierta ocasión, paseándose por el campo, al que amaba intensamente, le sorprendió la noche.

Contemplando el horizonte, mirando las florecillas, siguiendo el curso de los riachuelos, atravesando los bosquecillos, borracho de luz, de oxígeno, de aromas, de rumores dulces, habíase alejado demasiado de la ciudad.

Estaba cansado y se sentó en una piedra.

Era una quieta y dulce noche de Junio. Todas las luminarias de lo alto brillaban intensamente.

Chirriaban los grillos.

Si no hubiera estado mojada la tierra, porque había llovido, Iluso hubiérase quedado a dormir allí.

A lo lejos divisó una lucecilla, y levantándose, se dirigió hacia ella.

Después de media hora de marcha a campo traviesa, llegó a una casita de peones camineros.

Y curioso, se aproximó cautelosamente a la ventana de donde procedía la luz que le había servido de guía.

Vió una cocina alumbrada por la llama de gruesos tarugos que ardían en el lar.

Sentados al amor de la fogata había un hombre y una mujer.

Ella tenía entre los brazos a un bebé de apenas dos meses, que manoteaba esbozando una sonrisa con su desdentada boca. El hombre y la mujer miraban al pequeñuelo como embelesados, sonriendo con expresión de inenarrable dicha, y haciendo gestos para incitarlo a la risa... Después, mirándose con expresión de plácida ventura, pasaron las cabezas sobre el cuerpecillo del angelito y unieron sus labios en largo y apretujado beso.

Iluso sonrió.

—¡El hogar honrado!—balbuceó, inun-

dado de felicidad—¡He aquí la verdad!... ¡Yo no era loco, puesto que encuentro al fin lo que buscaba!

Con movimiento rápido sacó del bolsillo interior de la americana un cuaderno y un lápiz. Y a la temblorosa luz que desde el interior le llegaba, trazó varios rasgos sobre una hoja de papel que arrancó de la libreta.

—¡Bendita mil veces la hora en que me sorprendió la noche en despoblado!—musitó, mientras dibujaba—¡Bendita sea la luz que me guió hasta aquí! ¡Benditos seáis vosotros, los corazones honrados y sencillos unidos por la santidad del verdadero amor, los mansos que lejos de lo podrido entonáis la melancólica canción de los sanos ideales, los olvidados que bordáis con hilos de luminosos madrigales la Verdad que todos tachaban de quimera inventada por mi fantasía.

\* \* \*

De pronto, Iluso oyó golpear la puerta de la casa, puerta que estaba en la pared fronteriza a la de su observatorio.

Vió al hombre levantarse desprovisto, correr hacia la ventana, y saltar al campo desapareciendo entre las sombras de la noche.

La mujer abrió la puerta y, sonriendo al recién llegado, que era un pobre peón caminero, pasóle un brazo alrededor del cuello y le besó en la boca.

Iluso se separó unos pasos de la casa. Estrujó en el papel, lo arrojó al suelo, lo pateó, y, apoyándose en un árbol, rió larga y quedamente.

---

## Información local

Un verdadero éxito fué el que obtuvo en el día de su estreno y representaciones sucesivas en el teatro Victoria de Barcelona, la obra de zarzuela "La Princesa Amaranta", a cuyos autores, nuestros particulares amigos el eminente literato don Sinesio Darnell y el compositor don José M. Tarridas felicitamos efusivamente. El mejor elogio que podemos tributar a dichos autores es que, según noticias oficiosas, la obra va a ser estrenada muy pronto en otros teatros de relieve de la capital.